

PRECIO: 5 Centavos

LA PROTESTA

PORTE PAGO

Valores y giros a M. Torrente

Redac. y Administración: Perú 1637

U. Telefónica, 0478 B. Orden

Integralismo ideológico

Vivimos en un momento propicio a toda clase de suspicacias y recelos. Para prevenimos del engaño y evitar que nos presenten por liebre el gato de la dictadura, hemos llegado al límite de la desconfianza. Nos encerramos al contagio de ideas perniciosas... y creemos que mediante ese hermetismo logramos conservar puro e intacto el ideal anarquista.

Es lógica esa defensa individual contra el medio viticiado por los demagogos de la dictadura sobre el proletariado y por los oportunistas de la revolución. Gracias a las individualidades salvadas del naufragio ideológico que promovió el ensayo bolchevique, pudo el anarquismo reaccionar en el momento que parecía eliminado de la contienda social como fuerza independiente de los partidos políticos. Mediante una sistemática campaña contra las desviaciones del proletariado, que contó en el primer momento con un puñado de esforzados campeones, pudimos rehacer nuestros cuadros y recuperar las posiciones perdidas. Y hoy vuelven a ser las ideas el norte de la clase trabajadora, la esperanza de los que siguen bregando contra el mal, la única luz que queda en la larga vía de la revolución social.

Pero esa reacción instintiva de la mayoría de los anarquistas no logró hasta ahora afianzar en sólidas posiciones un movimiento de renovación. Valvemos a menudo en repetir la misma trayectoria sobre la superficie indeterminada de un mundo que nos empujamos en desconocer. Y, para mal nuestro, el anarquismo resurge dislocado, sin un punto de partida para proseguir su marcha ascendente, sujeto a las contingencias del momento histórico y a las más antagónicas corrientes de opinión.

Se dirá que nuestro movimiento abarca la universalidad de los problemas que plantean al hombre las sucesivas experiencias de la vida social, y que por ello no es posible concretar en un principio este o el conjunto de la ideología revolucionaria. Podríamos agregar nosotros que la fuerza del anarquismo está en su variedad de matices, de interpretaciones, de temperamentos. Pero, sin desconocer las preferencias de cada individuo en la labor educativa de las masas y en la actividad proselitista, ya sea en la agrupación, en el sindicato o en la escuela, ¿no es factible concretar en un método de propaganda y de acción la conducta de todos los anarquistas en lo que respecta a la obra colectiva?

No podemos exigir al individualista que acepta compromisos de orden colectivo, ya que eso lesiona su individualidad. Tampoco debemos reclamar la ayuda de los grupos afines, antigramatistas, para propagandas que tienen como fin inmediato la organización del proletariado. Pero si podíamos contar con el apoyo moral de unos y otros, que consistiría en este caso en que renunciaran a hostilizarnos y a destruir lo que no les impone a ellos ningún sacrificio.

El integralismo ideológico, aun para los anarquistas comunistas, no es posible. Dentro del anarquismo se manifiestan distintas corrientes de opinión: la que rechaza de plano toda intervención en el movimiento obrero; la que propugna las actividades de los trabajadores para llegar en ese terreno de la lucha social a una síntesis revolucionaria compatible con nuestras ideas. ¿Qué tendencia de las expuestas se ajusta mejor a la filosofía anarquista? Se trata en este caso de preferencias en los métodos de propaganda y de acción, por lo que es difícil formular un fallo sobre la eficacia de cada una.

Se comprende que sea en el terreno de la práctica revolucionaria donde choquen las diversas interpretaciones del anarquismo. Todos estamos de acuerdo cuando se trata de juzgar un fenómeno universal, como el que nos revela la revolución rusa. Frente al bolcheviquismo coincidimos todos los anarquistas en el ataque a la dictadura, a la gestación del Estado, al centralismo burocrático y a la restauración capitalista de Rusia. Sin embargo, cuando se trata de oponer al social-reformismo

una fuerza organizada capaz de contener sus avances, cuando las necesidades de la lucha nos obligan a reaccionar contra las tendencias dictatorialistas difundidas en el movimiento obrero, el desencuerdo es evidente. La mayoría de los compañeros de Europa, si bien reconocen que en las organizaciones proletarias debe definirse el viejo pleito entre autoritarios y libertarios, siguen sosteniendo la necesidad de que el sindicalismo sea una tendencia neutral, no subordinada a ninguna ideología, circunscripta a sus gestiones económicas. Y ese error fáctico, que deja al proletariado a merced de los aventureros políticos y de los funcionarios sindicales, elimina a los anarquistas como factor influyente en la orientación del movimiento obrero, del que se aprovechan los marxistas para fortalecer sus partidos y convertir a los sindicatos en apéndices de los comités electorales.

Contra esa corriente de opinión generalizada aceptada por los anarquistas, hemos opuesto nosotros la táctica de un movimiento obrero basado en el integralismo doctrinario. Para la propaganda revolucionaria no hacemos distinciones entre el obrero y el empleado, entre el trabajador manual y el intelectual. No consideramos que el factor económico determine por sí mismo la rebeldía del proletariado, ni mucho menos que lo capacite para la lucha emancipadora. Reconocemos la importancia de ese factor, pero sin subordinar a sus efectos el resto de los factores que contribuyen a hacer del hombre una entidad pensante. Por otra parte, si en el orden económico y político guardan estrecha correlación todos los males sociales, si todas las injusticias parten de un mismo principio y tienen en el Estado su personificación histórica, ¿para qué empeñarnos en aislar los efectos de una misma causa y aplicar diferentes remedios a los síntomas de una enfermedad universal?

Repitiendo la táctica de los social-demócratas y obrando según el método político de los que buscan un remedio a las dolencias de la humanidad, los anarquistas hemos recurrido a los sinapismos de la farmacopea marxista. En lugar de abarcar el conjunto de los problemas sociales en un movimiento revolucionario universal, fuimos creando tantos movimientos como aspectos tiene el problema. Y ese particularismo nos llevó a la actual disgregación de las fuerzas anarquistas, que si bien tienen un impulso común en la resistencia a la autoridad, a la ley y al sistema económico imperante, no se complementan en la labor revolucionaria de todos los días.

Por hábitos exclusivistas adquiridos en ese particularismo doctrinario, hay anarquistas que cifran la solución de todos los problemas en uno de sus múltiples aspectos. El vegetariano escolástico cree que no comiendo carne se emancipa del yugo económico y de las taras morales heredadas de sus progenitores; el racionalista supone que la escuela realizará el milagro de transformar en hombres libres a los esclavos de la rutina y de la superstición; el antimilitarista cifra en la caída del dios de la guerra la felicidad de los pueblos; el sindicalista sueña con una redención a base de satisfacciones materiales y de un cambio en el ordenamiento económico de la sociedad; y, finalmente, el partidario de los grupos de afinidad está convencido de que con sus ensayos familiares de comunismo se llegará a la comunidad universal. En ese conjunto de actividades se manifiestan dos corrientes de opinión bastante punto antagónicas: la que cifra en la cultura y el evolucionismo el triunfo de la libertad y la justicia, y la que busca en la violencia el medio de abatir el poder violento de los amos y los amurallados reductos de la tiranía histórica.

El complemento de todas esas actividades forma la ideología anarquista. Este es indiscutible. Pero, sin renunciar a sus preferencias, ¿no podrían los anarquistas plantear al integralismo ideológico? ¿No sería posible encontrar el método que generalizara en un movimiento homogéneo todos esos movimientos particularistas dispersos en tantos y tan indeterminados campos de acción?

Los diarios ricos siguen comentando extensamente el fallo del presidente de Estados Unidos, que otorgó de arbitrio en el litigio que mantiene Chile y Perú en torno a la posesión de Tacna y Arica. Se elogia la imparcialidad de ese juez elegido por las partes litigantes. Se asegura que por ese procedimiento se afianza los principios de la democracia y se evita una guerra entre dos pueblos enemistados por estúpidas rivalidades.

Nos alegraría que así fuera. Pero dudamos que la resolución de Mr. Coolidge satisfaga a los nacionalistas chilenos y peruanos en la misma medida. ¿Que el árbitro se ajustó a un principio de equidad y justicia? En esa clase de pleitos el sentimiento de la justicia representa un insignificante papel. Lo que divide a Chile y Perú no es una simple interpretación de derecho internacional; es la consecuencia de un acto de fuerza, es el que el más fuerte impuso sus decisiones al más débil después de vencerlo y humillarlo. ¿Contempla ese aspecto el fallo del presidente yanqui? He ahí el punto difícil de esa cuestión.

En el comentario que hace un correspondiente del fallo de Mr. Coolidge, se dice que en los alegatos del Perú exhorta once puntos con cargos en contra de Chile por diversos conceptos. El presidente Coolidge, quizás para demostrar su imparcialidad, ha desmentado esos cargos, manifestando que no tiene ninguna objeción que hacer respecto a que Chile haya ejercido sus derechos legales en el gobierno de las provincias de Tacna y Arica después del tratado de Ancón.

Todos esos puntos opuestos por el Perú, llenos de cargos de distinta naturaleza, taban de encauzar la opinión del árbitro dentro de las ideas del Perú, que se oponían a la realización del plebiscito. El fallo, en cuanto a las condiciones para la celebración del plebiscito, ha seguido lo sugerido por Chile.

¿No ha triunfado esa decisión, como sucede siempre, la ley del más fuerte? El árbitro no tuvo en cuenta las razones históricas expuestas por Perú al reclamar la posesión de las provincias de Tacna y Arica. Por el contrario, dió por sancionados los acuerdos del tratado de Ancón, que fueron la consecuencia de la guerra entre esas dos repúblicas.

En esa lucha de nacionalismos, nosotros no tomamos partido por uno de los contendientes. Constatamos simplemente un hecho universalmente reconocido: que en esa clase de litigios siempre triunfa el más fuerte. ¿Acaso puede existir un poder soberano que regule las relaciones entre los pueblos de clarados enemigos y determine según las reglas del derecho y la justicia?

La resolución del árbitro llamado a definir el viejo pleito entre los nacionalistas chilenos y peruanos entusiasma a los patriotas de Chile y causó odio a los patriotas del Perú. En Santiago se festejó el acontecimiento con fiestas, banquetes y desfiles militares. En Lima, por el contrario, reinó el mismo día profundo silencio; un silencio que es indicio de futuras belicidades.

El pleito del Pacífico seguirá sin solución. Sólo la paz de Estados Unidos podrá evitar el choque trágico que el plebiscito Leguía los acuerdos, del presidente Coolidge, árbitro de esa enojosa contienda nacionalista.

MANUALES E INTELECTUALES

La prensa anarquista de Europa ha puesto sobre el tapete de la discusión el ya muy sobado asunto de los manuales e intelectuales. Y, como siempre, hay quienes conciben que la intrusión de los segundos en el movimiento social, no es de las más convenientes, por la característica que informa de inconstancia o versatilidad. No faltan los que reputan superior la acción de los intelectuales en el terreno de las presentes contiendas, a la de los trabajadores, concretada casi exclusivamente al sindicato de resistencia y sin proyecciones de futuro.

Entre una y otra tesis, opone la nuestra, que nos parece más exacta, porque la realidad de los hechos. Los que hacen del intelectualismo una profesión, están sin duda más propensos a las subordinaciones de amos que de quienes deben actuar. Gozan de menos independencia que el obrero, porque deben proporcionarse la existencia en un plano de actividades intermedias entre la clase obrera y la burguesía. Además, no son típicos para otra función, pues están armados

Creemos que en parte ya hemos realizado aquí esa aspiración. Para los fines colectivos los anarquistas de la Argentina están perfectamente de acuerdo, realizando movimientos de conjunto al margen de cada particularidad ideológica. Quiere decir, pues, que se combate al Estado y al capitalismo desde los órganos de lucha aptos para realizar esa función, sin que por ello se desdénse la propaganda en los grupos de afinidad, en la escuela, etc. Y por eso mismo no existe entre nosotros la costumbre de particularizar los distintos aspectos del problema social; se ataca al organismo enfermo de la sociedad y no a cada una de sus dolencias.

LA LEY DEL MAS FUERTE

sólo de su talento, que nadie puede pagar mejor que el capitalismo. Y la competencia entre los obreros del intelectual es, por otra parte, notoria. Sobran idóneos a quien explotar. Añadamos las influencias de herencia, ya que la mayoría de esos hombres nacieron entre las clases acomodadas o cuando y ejecutando. Tendrá muchos más motivos imitaciones burguesas, recibiendo una educación plagada de vicios y bobeces, y tendemos al hombre de espíritu reaccionario, enborado por ese cúmulo de circunstancias.

Pero no se puede aplicar rigidamente ese concepto. Intelectuales hubo a quienes la revolución que se gesta debe los más notables esfuerzos. Aborricimos de citar a los grandes teóricos del anarquismo, cuyos conceptos siguen alumbrando nuestro camino hacia el mundo soñado. Lo que conviniere destruir los prejuicios intelectuales y materialistas en la conciencia colectiva.

Ningún obrero es tan ignorante como para no poseer nociones de alguna cosa, que lo han reclamado esfuerzos mentales, siendo el intelectual lo es hasta el extremo de serlo familiares todos los conocimientos. Por eso dijo Kropotkin, no recordamos en cuál de sus libros, que hay que combinar el conocimiento científico con el práctico. En una sociedad donde eso sea posible, no existirán manuales ni intelectuales, pues que el hombre complementará sus funciones pensando y ejecutando, endrá muchos más motivos que hoy para manifestarse como una potencia individual, pues que ninguna función estará vedada por prejuicios de clase ni conveniencias sociales.

Entonces, cumple no ser rígidos en apreciaciones. Aceptemos el concurso de todos los hombres sin reparar en su condición, mientras honren con su consecuencia los ideales que digan sostener. Cuando los nieguen con su conducta, será el caso de advertirlo y reelegirlo al olvido.

Por lo que se refiere a nuestro ambiente poco tenemos que agradecerlo a los doctos, pero el hecho de que a nosotros nos haya tocado en suerte sufrir las consecuencias de la mala vida de casi todos los intelectuales, no debe obligarnos a repudiar el concurso de los bien intencionados.

BUSCANDO EL REMEDIO

El señor Ossorio y Gallardo, político anfibio que intentó crear en España el partido de la democracia cristiana, ofrece una furia de "artículos constructivos" en el diario "El Sol", de Madrid. ¿Qué cosas nuevas tendrá que decir a los españoles ese hombre viejo? De nuevo nada podrá ofrecer ese monigolillo de la clerical, ese seguidor del maurismo, ese testamento del tronado monarca que desciviliza a España.

Para no ser menos que Romanones y que Sánchez Guerra, jefes de partido abandonados de sus partidarios, el trapacoso Ossorio y Gallardo repite el viejo estribillo de la restauración borbonica y de la vuelta al militarismo de los turnos. Pero, para desdén, él, que es político viejo, abomina de los castigos de la vieja política y trueno contra los que hicieron de su figura sin red

Llevar desde luego a la "Gaceta de Madrid", sin perjuicio de la postera ratificación parlamentaria, aquellas contadistas medidas que han pasado ya por las Cortes y han alcanzado, en mayor o menor grado, asentimientos y concursos muy generalizados. Esas medidas son: primera, la implantación completa y sincera del nuevo régimen local, no sólo herrarmente sino en hechos tangibles; segunda, la representación proporcional, repetidas veces pedida en el Congreso por todas las fuerzas políticas, desde las extremas derechas a las extremas izquierdas; la tercera, son las reformas judiciales aprobadas ya por el Senado y que quedaron pendientes de discusión del articulado. "No hay", observa Ossorio y Gallardo, política fuerte con justicia floja. Las instancias electorales del pasado tuvieron trincheras y parapetos en los jueces asustadizos, en las audiencias confabuladas y en la timidez del Tribunal Supremo, que pudo y no quiso dignificar el régimen parlamentario". La cuarta es la reforma de la ley de colonización del interior y de contrato de arrendamiento de fincas rústicas. Ambas cuentan con un dictamen favorable de las Comisiones integradas por hombres de todos los partidos.

He ahí, pues, los remedios que propone el ilustrado burgués Ossorio y Gallardo para conjurar la revolución de la inquisidora España. Se trata, como se ve, de volver a lo viejo, pero con andadores nuevos. ¿Será de la solución que aceptará el pueblo español después de la experiencia del cartelazo?

Espíritu y formas

No se pierde la fe en las formas. El movimiento social revolucionario ha heredado prejuicios políticos de los cuales no se ha liberado aun. Abundan los que suponen haber roto los lazos que los vinculaban a viejas concepciones, sin observar que les rinden la más sumisa obediencia. Con frecuencia los verbos disfrazan los hechos, pero la realidad implacablemente los delata. Giran en un círculo vicioso todos los teorizadores de las formas, tanto los que prefijan las más categóricas para regir la vida del futuro, como los estrategas del presente, que atribuyen el éxito de toda acción a los compromisos previos, los planes bien elaborados y la unidad en el método.

Y sin embargo, todo eso se viene abajo como un frágil castillo de naipes en el momento de la prueba. ¿Por qué? Porque la guerra social no se libra contra un sector solamente. No es siquiera fácil ubicar los puntos de ataque, desde los cuales se hostiliza a los combatientes por la victoria de los grandes principios. Se nos hace fuerza desde donde menos lo esperaríamos, muchas veces. Se nos hiere en nuestros propios reductos por adversarios que suponíamos amigos, causándonos más bajas esas ofensivas inesperadas, que las más enconadas agresiones del enemigo visible, que nos foguea desde posiciones descubiertas.

Se sueña en organizar ejércitos bajo las nutridas descargas del enemigo, y he ahí que no se logra el propósito. Es así como muchos no nos explicamos por qué aquellos a quienes las formas de civilización predominantes afectan tan directamente, no se rebelan contra ellas. No advertimos que es más potente la fuerza que constriñe su voluntad, que la que puede derivarse de su dolor.

Y es que se carece de la noción de atacar. Palla la luz de la razón que ilumina el camino a seguir. Podremos inventar formas múltiples y variadas para plasmar dentro de ellas la acción revolucionaria a des

arrollar, pero no por eso seremos más eficaces en nuestra ofensiva. Fracasaremos aunque nos acompañe la fuerza que da el número, en todas las jornadas, si falta la fuerza positiva: la que dan las convicciones.

He ahí, que no nos halague demasiado la idea de los organismos sólidos, de los contingentes nutridos, por el honroso cumplimiento que tenemos de la indignación espiritual en que viven las grandes multitudes, única fuerza capaz de obrar en forma slendable sobre los destinos de la historia. Mientras no haya la certidumbre de que las conciencias evolucionaron en concordancia con el pensamiento revolucionario, poco entusiasmos han de despertarnos los gestos eventuales de las muchedumbres, determinados por motivos circunstanciales, fáciles de ser pronto eludidos por el orden capitalista medianos los infinitos recursos que tiene a su alcance, dejando conformes a los descontentos o aterrorizados por la represión, que ambos modos defensivos le son igualmente fructuosos en resultados. De ahí que los anarquistas discrepemos profundamente con las demás fracciones de miras más o menos revolucionarias, y que nuestras organizaciones se caractericen por la ausencia de todo formulismo vulgar, ese formulismo político-tradicional, que ha perdido el desenvolvimiento de todos los núcleos humanos a través de las épocas, fuera cualquiera el móvil que inspirara su formación. Hasta en el defecto que sentimos por la mayoría de las prácticas gremiales, evidenciamos el pensamiento que en torno a ese movimiento alimentamos. No han logrado desvariaros de la realidad los más grandes acontecimientos de estos últimos años, sin dudar trascendentes, y mucho menos pueden fluctuar los las estadísticas periódicas y aisladas, relictantes de una necesidad inmediata o consecuencia de momentos psicofísicos, elaborados por una serie de hechos que no alumbra la inteligencia de los hombres puede

mejor que el capitalismo. Y la competencia entre los obreros del intelectual es, por otra parte, notoria. Sobran idóneos a quien explotar. Añadamos las influencias de herencia, ya que la mayoría de esos hombres nacieron entre las clases acomodadas o cuando y ejecutando. Tendrá muchos más motivos imitaciones burguesas, recibiendo una educación plagada de vicios y bobeces, y tendemos al hombre de espíritu reaccionario, enborado por ese cúmulo de circunstancias.

Pero no se puede aplicar rigidamente ese concepto. Intelectuales hubo a quienes la revolución que se gesta debe los más notables esfuerzos. Aborricimos de citar a los grandes teóricos del anarquismo, cuyos conceptos siguen alumbrando nuestro camino hacia el mundo soñado. Lo que conviniere destruir los prejuicios intelectuales y materialistas en la conciencia colectiva.

Ningún obrero es tan ignorante como para no poseer nociones de alguna cosa, que lo han reclamado esfuerzos mentales, siendo el intelectual lo es hasta el extremo de serlo familiares todos los conocimientos. Por eso dijo Kropotkin, no recordamos en cuál de sus libros, que hay que combinar el conocimiento científico con el práctico. En una sociedad donde eso sea posible, no existirán manuales ni intelectuales, pues que el hombre complementará sus funciones pensando y ejecutando, endrá muchos más motivos que hoy para manifestarse como una potencia individual, pues que ninguna función estará vedada por prejuicios de clase ni conveniencias sociales.

Entonces, cumple no ser rígidos en apreciaciones. Aceptemos el concurso de todos los hombres sin reparar en su condición, mientras honren con su consecuencia los ideales que digan sostener. Cuando los nieguen con su conducta, será el caso de advertirlo y reelegirlo al olvido.

Por lo que se refiere a nuestro ambiente poco tenemos que agradecerlo a los doctos, pero el hecho de que a nosotros nos haya tocado en suerte sufrir las consecuencias de la mala vida de casi todos los intelectuales, no debe obligarnos a repudiar el concurso de los bien intencionados.

Llevar desde luego a la "Gaceta de Madrid", sin perjuicio de la postera ratificación parlamentaria, aquellas contadistas medidas que han pasado ya por las Cortes y han alcanzado, en mayor o menor grado, asentimientos y concursos muy generalizados. Esas medidas son: primera, la implantación completa y sincera del nuevo régimen local, no sólo herrarmente sino en hechos tangibles; segunda, la representación proporcional, repetidas veces pedida en el Congreso por todas las fuerzas políticas, desde las extremas derechas a las extremas izquierdas; la tercera, son las reformas judiciales aprobadas ya por el Senado y que quedaron pendientes de discusión del articulado. "No hay", observa Ossorio y Gallardo, política fuerte con justicia floja. Las instancias electorales del pasado tuvieron trincheras y parapetos en los jueces asustadizos, en las audiencias confabuladas y en la timidez del Tribunal Supremo, que pudo y no quiso dignificar el régimen parlamentario". La cuarta es la reforma de la ley de colonización del interior y de contrato de arrendamiento de fincas rústicas. Ambas cuentan con un dictamen favorable de las Comisiones integradas por hombres de todos los partidos.

He ahí, pues, los remedios que propone el ilustrado burgués Ossorio y Gallardo para conjurar la revolución de la inquisidora España. Se trata, como se ve, de volver a lo viejo, pero con andadores nuevos. ¿Será de la solución que aceptará el pueblo español después de la experiencia del cartelazo?

Espíritu y formas

No se pierde la fe en las formas. El movimiento social revolucionario ha heredado prejuicios políticos de los cuales no se ha liberado aun. Abundan los que suponen haber roto los lazos que los vinculaban a viejas concepciones, sin observar que les rinden la más sumisa obediencia. Con frecuencia los verbos disfrazan los hechos, pero la realidad implacablemente los delata. Giran en un círculo vicioso todos los teorizadores de las formas, tanto los que prefijan las más categóricas para regir la vida del futuro, como los estrategas del presente, que atribuyen el éxito de toda acción a los compromisos previos, los planes bien elaborados y la unidad en el método.

Y sin embargo, todo eso se viene abajo como un frágil castillo de naipes en el momento de la prueba. ¿Por qué? Porque la guerra social no se libra contra un sector solamente. No es siquiera fácil ubicar los puntos de ataque, desde los cuales se hostiliza a los combatientes por la victoria de los grandes principios. Se nos hace fuerza desde donde menos lo esperaríamos, muchas veces. Se nos hiere en nuestros propios reductos por adversarios que suponíamos amigos, causándonos más bajas esas ofensivas inesperadas, que las más enconadas agresiones del enemigo visible, que nos foguea desde posiciones descubiertas.

Se sueña en organizar ejércitos bajo las nutridas descargas del enemigo, y he ahí que no se logra el propósito. Es así como muchos no nos explicamos por qué aquellos a quienes las formas de civilización predominantes afectan tan directamente, no se rebelan contra ellas. No advertimos que es más potente la fuerza que constriñe su voluntad, que la que puede derivarse de su dolor.

Y es que se carece de la noción de atacar. Palla la luz de la razón que ilumina el camino a seguir. Podremos inventar formas múltiples y variadas para plasmar dentro de ellas la acción revolucionaria a des

arrollar, pero no por eso seremos más eficaces en nuestra ofensiva. Fracasaremos aunque nos acompañe la fuerza que da el número, en todas las jornadas, si falta la fuerza positiva: la que dan las convicciones.

He ahí, que no nos halague demasiado la idea de los organismos sólidos, de los contingentes nutridos, por el honroso cumplimiento que tenemos de la indignación espiritual en que viven las grandes multitudes, única fuerza capaz de obrar en forma slendable sobre los destinos de la historia. Mientras no haya la certidumbre de que las conciencias evolucionaron en concordancia con el pensamiento revolucionario, poco entusiasmos han de despertarnos los gestos eventuales de las muchedumbres, determinados por motivos circunstanciales, fáciles de ser pronto eludidos por el orden capitalista medianos los infinitos recursos que tiene a su alcance, dejando conformes a los descontentos o aterrorizados por la represión, que ambos modos defensivos le son igualmente fructuosos en resultados. De ahí que los anarquistas discrepemos profundamente con las demás fracciones de miras más o menos revolucionarias, y que nuestras organizaciones se caractericen por la ausencia de todo formulismo vulgar, ese formulismo político-tradicional, que ha perdido el desenvolvimiento de todos los núcleos humanos a través de las épocas, fuera cualquiera el móvil que inspirara su formación. Hasta en el defecto que sentimos por la mayoría de las prácticas gremiales, evidenciamos el pensamiento que en torno a ese movimiento alimentamos. No han logrado desvariaros de la realidad los más grandes acontecimientos de estos últimos años, sin dudar trascendentes, y mucho menos pueden fluctuar los las estadísticas periódicas y aisladas, relictantes de una necesidad inmediata o consecuencia de momentos psicofísicos, elaborados por una serie de hechos que no alumbra la inteligencia de los hombres puede

Espíritu y formas

No se pierde la fe en las formas. El movimiento social revolucionario ha heredado prejuicios políticos de los cuales no se ha liberado aun. Abundan los que suponen haber roto los lazos que los vinculaban a viejas concepciones, sin observar que les rinden la más sumisa obediencia. Con frecuencia los verbos disfrazan los hechos, pero la realidad implacablemente los delata. Giran en un círculo vicioso todos los teorizadores de las formas, tanto los que prefijan las más categóricas para regir la vida del futuro, como los estrategas del presente, que atribuyen el éxito de toda acción a los compromisos previos, los planes bien elaborados y la unidad en el método.

Y sin embargo, todo eso se viene abajo como un frágil castillo de naipes en el momento de la prueba. ¿Por qué? Porque la guerra social no se libra contra un sector solamente. No es siquiera fácil ubicar los puntos de ataque, desde los cuales se hostiliza a los combatientes por la victoria de los grandes principios. Se nos hace fuerza desde donde menos lo esperaríamos, muchas veces. Se nos hiere en nuestros propios reductos por adversarios que suponíamos amigos, causándonos más bajas esas ofensivas inesperadas, que las más enconadas agresiones del enemigo visible, que nos foguea desde posiciones descubiertas.

Se sueña en organizar ejércitos bajo las nutridas descargas del enemigo, y he ahí que no se logra el propósito. Es así como muchos no nos explicamos por qué aquellos a quienes las formas de civilización predominantes afectan tan directamente, no se rebelan contra ellas. No advertimos que es más potente la fuerza que constriñe su voluntad, que la que puede derivarse de su dolor.

Y es que se carece de la noción de atacar. Palla la luz de la razón que ilumina el camino a seguir. Podremos inventar formas múltiples y variadas para plasmar dentro de ellas la acción revolucionaria a des

